

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XVIII

Enero de 1941

Núm. 137

Bergson

Puntos de vista

*D*E Bergson que murió hace poco en Francia se ha dicho que fué una vida intensa al servicio del pensamiento y Edmond Jaloux, el conocido crítico francés expresó de él «que ha reivindicado la importancia de la intuición, ese don de simpatía que consiste en colocarse en el corazón de un fenómeno para comprender todo su mecanismo».

Poco antes de su muerte rechazó la prerrogativa del gobierno de Vichy que lo colocaba fuera del alcance de los estatutos judíos. Y prefirió no acogerse al beneficio, simplemente porque, fiel a su línea moral, quería permanecer con el espíritu libre en medio de una Francia ocupada por el enemigo secular.

La filosofía de Bergson, escribía en 1935 don Enrique Molina, en uno de los ensayos más completos sobre el filósofo, es la doctrina del cambio incesante. El tiempo entendido como duración (*durée*) es algo vivo. Significa invención, creación de formas, elaboración continua de lo absolutamente nuevo».

Para Bergson la intuición era el método propio de la filosofía. No era enemigo de la ciencia ni mucho menos. Preconizaba, al contrario, el estudio a fondo de sus problemas. A todo enigma que presentara la ciencia había que perseguirlo tenazmente. Durante años si era preciso. Toda la vida si fuera menester. Aun durante la vida de varios filósofos. Ningún filósofo está obligado a construir por sí solo una filosofía definitiva.

La inteligencia y la intuición eran para Bergson facultades muy diversas. La inteligencia es el instrumento de la ciencia que obra sobre lo artificialmente inmobilizado o, más bien, sobre lo que ella misma inmobiliza y somete a las matemáticas para hacerlo objeto de la ciencia. En ésta siempre hay algo de anatomía o cirugía que analiza y secciona cuerpos muertos o que han sido adormecidos para efectuar mejor las divisiones y separaciones que se quiere hacer. La ciencia inmobiliza artificialmente la realidad para poder echar sobre ella la red de sus números y cálculos matemáticos.

Al revés de la ciencia que estudia las relaciones de los fenómenos la filosofía tiene por objeto penetrar al fondo y esencia misma de las cosas. Su instrumento es la intuición, método de conocer por instinto, adivinación o simpatía. Gracias a ella se realiza la visión directa del espíritu por el espíritu. Es la que permite percibir «la duración», «el cambio puro», «una continuidad ininterrumpida de imprevisible novedad refractaria a la ley y a la medida».

La intuición se coloca en la movilidad misma mientras que el análisis opera desde lo exterior sobre lo inmóvil. Por eso la intuición sería la única manera de conocer lo movable,

Bergson pensaba que a una personalidad sólo se le puede conocer por intuición y así mismo por intuición únicamente cabe distinguir una personalidad de otra. Esto equivale más bien al hecho de identificarse por simpatía o por amor con una persona, lo que es muy favorable a la armonía y a la acción común, pero no basta para el conocimiento de ella. Este requiere, además de la simpatía la aplicación del análisis para ver cómo reacciona la persona ante las circunstancias de la vida, ante las tentaciones y la fortuna, ante la desgracia del dolor. De otra suerte no se le puede caracterizar,

Aparte de todo esto, Bergson reivindicó la libertad. Cuanto más libre es un acto tanto mejor reflejará la presencia del yo fundamental. Bergson amplió los dominios de la vida moral. Por ese

método filosófico tuvo tanta resonancia y fué discutido y comentado como pocos sistemas lo habían sido en los tiempos modernos. Su estilo filosófico rico y medular, fué otra de las características que hicieron que sus libros fueran leídos por gran número de lectores. Su dignidad de pensador, su energía humana, le hicieron sentirse siempre rodeado por la fuerza de la simpatía que él sentía vibrar lo mismo cerca de él que en otras regiones, en donde le seguían y le estudiaban.

Su muerte acaecida como decimos en un instante tan penoso para la historia de Francia, ha repercutido, sin embargo, hondamente en todo el mundo. Había logrado lo que pocos filósofos logran: atraer los espíritus más disímiles hacia un secreto goce cordial cuya fuente estaba en lo profundo, en lo más sutil del ser humano. Había adivinado las corrientes internas del hombre y daba satisfacción a muchas de las interrogaciones inquietantes que la humanidad suele formularse sin hallar a veces respuesta satisfactoria.

Tomás Carrasquilla

El 18 de diciembre de 1940 murió en su patria colombiana y en la tibia ciudad nativa, Medellín, uno de los escritores que América y España leían con deleite y admiraban sin restricción, por el cabal dominio del idioma, cuyas reconditeces le eran familiares, por el frecuente y audaz aporte que hizo en su obra de frescos y jugosos giros regionales, por la gracia y la malicia de cepa quevedesca que a raudales corrieron en su numerosa producción. Si alcanzó Carrasquilla una edad avanzada, muy por encima de la media en el trópico devorador y enervante, nos deja también una masa enorme de novelas grandes, de novelas breves y de cuentos, masa igualmente superior al acervo común de nuestros autores colombianos, que prefieren el único libro como síntesis de sus amorfíos, más bien livianos, con las letras. Carrasquilla, no. El fué un artesano de la literatura, silencioso y consagrado, ciego para toda otra actividad, y que no pasó día sin trazar o pulir una pá-

gina. Así son de bruñidas y perfectas casi la totalidad de las muchas que nos deja. A tiempo que todos nuestros literatos entregan lo mejor de su tiempo y de su espíritu al periodismo político y a la política en general, sin desdeñar ni sus más discutibles encrucijadas, en lo cual proceden bien a mi juicio, dados el momento y la índole de Colombia, Carrasquilla, como digo, pese al universal reconocimiento de su magisterio y a la celebridad de que gozó por largos años jamás incurrió en veleidades que lo arrancaran del penumbroso rincón donde forjaba belleza y verdad con el tosco mineral de las costumbres montaÑeras y con el oro viejo de las tradiciones coloniales.

De ahí que su obra, inmensa, repito, si se la compara con los fugaces empeños de la mayoría, se levante como una creación de maravillosa pulcritud y sea un tributo desinteresado al recio y tenaz pueblo del que nació. Antioquia, entre las regiones colombianas, es la que posee fisonomía más acentuada y difiere hondamente por su formación étnica y por la influencia de su atormentada geografía, de las otras secciones del país. Tierra de hidalgos, devotos y severos, entre quienes no es fácil discernir el ancestro vasco del israelita, tierra de viajeros y emigrantes, siempre listos a la aventura, y de mineros esforzados que apenas ven el sol un día por semana, en turbulentos esparcimientos que degeneran con facilidad en tragedia al súbito brillar de los machetes; tierra de ascetas y de financistas de presa, donde siempre ha florecido una literatura profunda, rica y original. Antioquia encontró en Tomás Carrasquilla quizá su cantor más amoroso y sagaz, el que compartió con Efe Gómez, en lo contemporáneo, la gloria de una sutil y penetrante comprensión del alma popular y de su acertada, animosa y movida expresión. De ahí que las novelas de Carrasquilla proporcionen intenso y cumplido gozo a quien busque zonas inexploradas de nuestra América para encontrar en ellas nuevos interrogantes o confirmación de probabilidades entrevistadas, en esta hora de afanosa introspección.

El mismo tesón perdurable con que oímos alabar a «María»

y las repetidas ediciones de «La Vorágine», dicen sin ambigüedad que Colombia no produce novelas sino con excesiva parsimonia. El caso de un autor joven, Osorio Lisarazo, cuyos libros aparecen con frecuencia, es excepcional. Y Tomás Carrasquilla, el bohemio nonagenario que ha muerto, ignorante al parecer de su valor solitario y de su gloria, seguirá siendo nuestro novelista excelso y uno de los escritores más exquisitos, sabios y poderosos en lengua española. Sólo Marcos Fidel Suárez manejó una prosa tan millonaria, tan pródiga, tan ceñida y tan castiza como la de este patriarca sarcástico y desdeñoso, que no aborrecía por igual a todos los pecados capitales, y cuya vida fué una extraña mezcla de pompa y grandeza espirituales, de un lado, y de cierta alegre misantropía, de cierto desdén por todos los signos de la fortuna y del triunfo, del otro. Sin duda ninguna, hubiera alcanzado las mayores cumbres si su desordenado y cínico vivir, no le restaran actividad a su labor. Pero ésta llegó a ser vasta y fecunda como pocas en América y revela de nuevo ese eterno sortilegio tropical de la obra maestra brotada en medio de la indolencia o del vicio, que seduce y aniquila a la mediocridad. Colombia pierde a un artista eximio, a un abundante y elocuente glorificador de su raza, que esculpió para la eternidad algunas de sus más simbólicas siluetas. La linajuda dama antioqueña, el ingenuo capitalista, el negro fiel, el campesino frugal y honrado, el arriero erudito en mañas o refranes, todo ese mundo bulle en la obra de Carrasquilla, que hace pensar con razón en algunas de las más grandes y preciosas, construídas por el genio literario de nuestro tiempo. Y procedería con ligereza el sociólogo que intentase sin previo cotejo de estas páginas densas y rumorosas, interpretar el alma de un pueblo que ha sido estudiado allí con verdadera ciencia, ciencia infusa de inteligencia y amor.

A. S.